

REPENSANDO LAS CIENCIAS SOCIALES: DE LAS FRONTERAS DISCIPLINARIAS AL CRUCE TRANSDISCIPLINARIO

Gilda Waldman M.

Resumen

El presente artículo analiza los procesos de cruce transdisciplinario que han experimentado las ciencias sociales en los últimos tiempos, explicando cómo y por qué tanto el desenvolvimiento interno de las ciencias sociales como la necesidad de "leer" de nuevo la complejidad del mundo contemporáneo produce este proceso de traslape disciplinario.

Abstrac

This article analyzes the process of transdisciplinary crossing that the Social Sciences are experiencing, explaining how and why their development and the complexity of the contemporary world requires this overlapping.

En el umbral del nuevo siglo, el tema de la "frontera" se ha convertido en una de las problemáticas claves en el debate político e intelectual de nuestro tiempo¹. Las razones son comprensibles: el fin de la Guerra Fría recompuso las fronteras sociales, políticas, ideológicas y culturales del mundo, perfilando las complejas interacciones entre universalismo y particularismo, guerras tribales y redes cibernéticas, aldea global y metrópoli tribal, etcétera, que recorren hoy todos los espacios geográficos. *Fronteras que parecían inamovibles se han visto modificadas o trazadas de nueva cuenta: algunas resurgen, otras se crean y unas pocas más se reconstituyen.* La recomposición de las fronteras ha obligado, ciertamente, a pensar en su carácter histórico y modificable, pues desde una

¹ Véase al respecto, por ejemplo: Juan Manuel Sandoval (comp.): *Las fronteras nacionales en el umbral de dos siglos*, CONACULTA, México, 1993.

perspectiva histórica no existen fronteras naturales, sino fronteras que, históricamente, han llegado a considerarse "naturales". La creación de fronteras territoriales han sido producto, en la época moderna, de decisiones políticas implementadas por el Estado-nación a fin de institucionalizar sus formas de gobierno sobre una población determinada, mantener su monopolio administrativo y asegurar el control de la violencia dentro de sus límites. En este sentido, las fronteras territoriales no han sido históricamente evidentes en sí mismas aunque hayan cumplido una serie de funciones de legitimación, sirviendo al mismo tiempo de límite a las soberanías nacionales.

De igual modo, en el ámbito de las ciencias sociales el problema de las "fronteras" constituye hoy por hoy uno de los debates de mayor actualidad, no sólo porque la modificación de fronteras –territoriales, geográficas, jurídicas, estatales, culturales o simbólicas– configura una nueva escenografía planetaria que obliga a una "nueva lectura del mundo" sino también porque las ciencias sociales se encuentran en un proceso de rearticulación disciplinaria que abre nuevos horizontes problemáticos que tienen al tema de la "frontera" en el centro de la discusión.

Las fronteras entre las ciencias sociales han respondido, sin duda alguna, a procesos históricos que las estructuraron internamente de manera disciplinaria y específica.

Ciertamente, ya desde el siglo XVI existía una importante reflexión sobre numerosos temas de la realidad social,² aunque ella no estuviera inscrita en marcos disciplinarios claramente delimitados. De hecho, por ejemplo, historia y sociología estaban profundamente imbricadas y los nexos entre los historiadores filosóficos y los filósofos de la sociedad eran casi indistinguibles. Tampoco en el siglo XVIII las nuevas formas de comprender la realidad tenían fronteras definidas. A fines de ese siglo, una serie de historiadores, entre los que destacaban Montesquieu y Voltaire,

estaban volviendo la espalda a la política y a la guerra, el tema tradicional de la historia, para interesarse por las leyes y las costumbres, el comercio y las artes....(y) cien años más tarde, los teóricos sociales (Marx, Spencer, Durkheim, Weber, Tonnies,

² Recuérdese, por ejemplo, a Maquiavelo, Bodin, Ricardo, Herder, Fichte, entre otros.

Pareto) todavía seguían próximos a la historia .³

No fue sino hasta después de la Revolución Francesa –momento histórico que evidenció la necesidad de contar con saberes que comprendieran los fenómenos de la realidad a fin de poder actuar sobre el mundo- que aparecieron límites de orden cognoscitivo en el ámbito de las ciencias sociales. Immanuel Wallerstein, en su libro *Abrir las ciencias sociales*, señala que fue en el periodo comprendido entre 1850 y 1914 cuando emergieron y cristalizaron las fronteras entre ellas. Al respecto, escribe:

La historia intelectual del siglo XIX está marcada principalmente por esa disciplinarización y profesionalización del conocimiento, es decir, por la creación de estructuras institucionales permanentes diseñadas tanto para producir nuevo conocimiento como para reproducir a los productores de conocimiento. La creación de múltiples disciplinas se basaba en la creencia de que la investigación sistemática requería una concentración hábil en las múltiples zonas separadas de la realidad, la cual había sido racionalmente dividida en distintos grupos de conocimientos.⁴

En esta misma línea, Wallerstein afirma que, en este proceso de institucionalización, las ciencias sociales paulatinamente se fueron diferenciando internamente en grandes bloques cognoscitivos de acuerdo a tres grandes categorías: pasado/presente, Occidente/no Occidente, y Estado/mercado/sociedad.

En este sentido, y de acuerdo a la primera de estas categorías, quienes se dedicaron a estudiar el pasado fueron los historiadores, en tanto que quienes focalizaron su atención en el presente fueron los científicos sociales. Es cierto, como ya se ha señalado, que las ciencias sociales (y, en particular, la sociología) habían tenido nexos muy estrechos con la historia. Sin embargo, la separación entre ellas se dio por razones de su propia evolución interna. La historia fue la primera disciplina que alcanzó una existencia institucional autónoma

³ Peter Burke, *Historia y Sociología*, FCE, México, pp. 14, 15.

⁴ Immanuel Wallerstein: *Abrir las ciencias sociales (Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales)*, Siglo XXI editores, México, 1996, pp. 9-10.

(profesionalizándose con la creación de departamentos universitarios, revistas especializadas, institutos de investigación, etcétera) debido a la necesidad de los incipientes Estados nacionales por elaborar relatos históricos que apoyaran a las recién creadas soberanías. La Historia se encaminó, entonces, a reconstruir la realidad pasada a fin de escribir la historia nacional de los pueblos promoviendo la unidad nacional. Sustentada en el principio de Otto Von Ranke de describir "lo que pasó en realidad", la historia buscó su *status* de científicidad enfatizando la existencia de un mundo real objetivo, la neutralidad del investigador y la búsqueda de la evidencia empírica en las fuentes documentales existentes en los archivos, pero privilegiando siempre la singularidad de los individuos y acontecimientos.

Las ciencias sociales, por su parte, surgieron buscando establecer leyes generales del comportamiento humano y de la sociedad a fin de explicar los acontecimientos en curso. Para ello, segmentaron la realidad, construyeron sus propios datos y utilizaron sus propias formas de contrastación empírica a través de una observación directa independiente del trabajo de archivos. Es interesante destacar, siguiendo a Wallerstein, que el esfuerzo por privilegiar el pasado —y por tanto, la Historia como disciplina— fue particularmente importante en países como Alemania e Italia, preocupados por crear una identidad nacional a mediados del siglo XIX. En cambio, en países como Inglaterra, Francia o Estados Unidos, las ciencias sociales alcanzaron un mayor auge por su importancia para desarrollar políticas de planificación y reforma social.

Por otra parte, la segunda distinción a la que se refiere Wallerstein es la que se podría establecer entre las disciplinas que surgieron estudiando de manera particular a Occidente (Historia, Economía, ciencia política y sociología), y las que se dedicaron a estudiar sociedades no occidentales, obedecía a un doble motivo. En primer término, desde la perspectiva de la Europa moderna del siglo XIX en la que se desarrollaron las ciencias sociales, sólo Occidente valía la pena de ser estudiado y sólo allí podían generarse fuentes y datos confiables para el investigador. Sin embargo, y dado que el periodo comprendido entre 1850 y 1914 fue el de mayor auge para la expansión imperial europea, se hacía necesario crear otros saberes orientados a comprender aquellas zonas del mundo ubicadas más allá de Occidente, pero que pertenecían a su órbita de influencia. Estos nuevos saberes asumieron

dos modalidades cognoscitivas diferentes. Por una parte, la Antropología se avocó a estudiar los modos de organización social y cultural de las sociedades primitivas (de población pequeña, tecnología precaria, y carentes de escritura) a través de métodos tales como el *trabajo de campo*, la *observación participante*, etcétera. Por la otra, en el caso de las sociedades altamente civilizadas que también habían pasado a formar parte de la dominación europeas –y que contaban con organizaciones políticas complejas y sistemas religiosos que se habían *difundido en el mundo*– se generó un nuevo tipo de conocimiento, los estudios orientales, avocados a comprender –desde la perspectiva europea– los valores que habían llevado a la inmovilidad de estas sociedades.

La tercera de las categorías enunciadas por Wallerstein se refiere a la distinción que se fue generando al interior de las ciencias sociales focalizadas en el estudio del presente durante su proceso de institucionalización, y que se tradujo, finalmente, en una diferenciación entre tres grandes disciplinas: la ciencia política (cuyo objeto de estudio fue el espacio político estatal y las estructuras formales de gobierno), la Economía, (centrada en el tema de la lógica de las operaciones de mercado) y la sociología, (que enfatizó el estudio de la sociedad civil y se preocupó, asimismo, por las consecuencias sociales de la modernidad)

Escribe Immanuel Wallerstein al respecto:

En la medida en que las ciencias sociales se transformaban en tres disciplinas separadas, fue necesario, intelectual y organizativamente, justificar estas distinciones, y muchos académicos se dieron a la tarea de delimitar sus fronteras... Los economistas argumentaron básicamente que las transacciones económicas seguían ciertas leyes eternas y que su tarea era elaborar este conjunto de leyes... Los estudiosos de los procesos políticos sintieron la necesidad de circunscribir un dominio que los distinguieran del resto de las ciencias sociales y también de la facultad de leyes... justificando sus especificidades con el estudio del *ejercicio del orden político*... Los sociólogos, a su vez, argumentaron que ellos estudiaban lo que mantenía cohesionadas a las sociedades. Su dominio de estudio era la sociedad civil...⁵

⁵ I. Wallerstein, *op. cit.*, p. 34.

Surgidas como elemento sustantivo del mundo moderno, las ciencias sociales –en especial las últimas tres mencionadas– se configuraron de acuerdo a una doble vertiente. En un primer sentido, como parte de la concepción antropológico-filosófica de la modernidad europea que asumía, como principio rector, la fe en el progreso, la confianza en la razón y el optimismo en el valor de la ciencia y la técnica. En esta línea, estas disciplinas intentaron estructurarse desde un comienzo según el modelo de las ciencias naturales, buscando, con base en el descubrimiento empírico, la objetividad y la rigurosidad necesarias para el descubrimiento de leyes y verdades universales. En este proceso de construcción, las ciencias sociales se distinguieron de las ciencias naturales –cuyo objeto de estudio era la realidad no humana– como asimismo de las Humanidades, que estudiaban la producción cultural, mental y espiritual de las sociedades civilizadas.⁶ Asimismo, y en un segundo sentido, estas nuevas formas cognitivas de comprender el universo de las relaciones sociales tuvieron como marco político los territorios soberanos que definían el mapa político del mundo en el siglo XIX, es decir, el Estado nación. Las fronteras jurídico-políticas del Estado tuvieron, así, su correlato en fronteras disciplinarias⁷ al mismo tiempo que estas últimas se contenían a sí mismas en las dimensiones específicas del Estado nación.

Ciertamente, el conocimiento en las ciencias sociales se desarrolló durante largo tiempo de manera exitosa a través de los marcos disciplinarios. Su influencia y prestigio han sido, sin duda, significativos. A lo largo de casi dos siglos, tanto la ciencia política como la sociología y la economía crearon sus propias tradiciones intelectuales, sus *corpus cognoscitivos*, sus patrimonios compartidos, sus paradigmas teóricos, su léxico y sus prácticas metodológicas, a pesar de las diversidades epistemológicas, metodológicas y paradigmáticas existentes entre ellas. De igual forma, cada una de estas disciplinas se institucionalizaba académicamente. La docencia primero y la investigación después

⁶ “A medida que la separación del conocimiento en dos esferas diferentes...se endurecía cada vez más, los estudiantes de las realidades sociales quedaron atrapados en el medio, y profundamente divididos en torno a esos problemas epistemológicos”. I. Wallerstein, *op. cit.*, p. 12.

⁷ En palabras de Foucault: “Una disciplina se define por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un *corpus* de proposiciones consideradas verdaderas, un juego de reglas y definiciones, de técnicas y de instrumentos”. *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona, 1973, p. 27.

abrieron paso a la creación de publicaciones, a la configuración de comunidades científicas y a la creación de bibliotecas especializadas, todo ello en el marco de un claro delimitamiento de los terrenos de conocimiento propio de cada una de las disciplinas sociales. La expansión universitaria en el mundo contribuyó también a la multiplicación de los científicos sociales, y a ello cabe agregar las fuertes inversiones estatales y privadas que alentaron el desarrollo de importantes investigaciones fuera de los ámbitos estrictamente académicos.

Sin embargo, en la actualidad, los profundos cambios de la realidad *aunados a transformaciones significativas* producidas en el ámbito de las ciencias sociales han complejizado y cuestionado las fronteras estrictamente disciplinarias al interior de las mismas.

Por una parte, el desarrollo del conocimiento en las ciencias sociales se ha caracterizado, a últimas fechas, por una importante ramificación teórica, que ha permitido la confrontación de perspectivas, la flexibilización de enfoques y la propuesta de corrientes alternativas.⁸ De igual modo, la investigación se ha ampliado hacia múltiples direcciones, abarcando una amplia variedad de temáticas y generando una fuerte expansión de subcampos de estudio. Al mismo tiempo, las ciencias sociales se han especializado internamente, lo cual las ha obligado a readecuar su quehacer reflexivo y redefinir su identidad. En esta línea, como señalan los investigadores Matei Dogan y Robert Pahre, en su ya clásico estudio *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*,⁹ la innovación en las ciencias sociales se da con mayor frecuencia y con resultados crecientes en la intersección de las disciplinas, como resultado de la recombinación de las mismas en campos de conocimientos híbridos. En esta línea –afirman los autores citados– si bien la acumulación de conocimiento se ha dado originalmente en el centro de cada disciplina, la “densidad cognoscitiva” en el núcleo del objeto de estudio propio de cada disciplina ha llegado a su límite, lo cual ha saturado su potencial explicativo. En este sentido, el centro de cada disciplina se ha expandido a su periferia y los investigadores que buscan espacios

⁸ Véase, por ejemplo: Alfredo Andrade (editor): *Perspectivas teóricas contemporáneas de las ciencias sociales*, UNAM, México, 1999. Isidro Cisneros: “Nuevas vías entre teoría y Ciencia Política” en Judit Bokser (coord.): *Estado actual de la Ciencia Política*, Memorias del Congreso Nacional de Ciencia Política, UAM-IFE, México, 1996.

⁹ Matei Dogan y Robert Pahre: *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, Grijalbo, México, 1995.

innovadores se introducen, necesariamente, en campos disciplinarios vecinos; es precisamente en estos cruces disciplinarios periféricos donde, según Matei y Dogan, las innovaciones cognitivas aparecen con mayor frecuencia y con resultados más importantes.

Escriben al respecto:

Los dominios de investigación donde no se establecen intercambios con campos localizados más allá de la disciplina madre, se estancan. La investigación monodisciplinaria sobre un objeto de estudio determinado experimenta rendimientos decrecientes; y, a partir de cierto punto, requiere de influencias externas para reactivarse...A fin de representar e interpretar la complejidad de las situaciones reales, hay que saber rebasar continuamente los límites tradicionales de las ciencias sociales.¹⁰

Y agregan:

El mapa real del conocimiento científico hoy ilumina la importancia de los subcampos nacidos al recombinar segmentos de disciplinas anteriores¹¹

En efecto —en el marco de un desarrollo intelectual cada vez más complejo y fragmentado— es en su propia diversificación interna donde las disciplinas sociales generan encuentros mutuos y cruces de fronteras, tanto a través de las síntesis y combinaciones producidas en el debate entre ellas como asimismo en sus aportaciones mutuas (conceptuales y metodológicas). Así, por ejemplo, hay que reconocer que, sin duda, la ciencia política —ligada tradicionalmente con el derecho, la administración pública y las Relaciones Internacionales, se ha visto permeada tanto por la sociología (a través de conceptos tales como la socialización política, la diferenciación social, la teoría de sistemas y la teoría de juegos), como también por la economía, en particular mediante conceptos tales como la acción colectiva, la elección racional, etcétera. De igual modo, la sociología, más allá de su enorme especialización interna, no sólo se ha cruzado con la psicología (a través de conceptos tales como valores

¹⁰ *Op. cit.*, p. 83.

¹¹ *Op. cit.*, p. 84.

o socialización, o el surgimiento de nuevas corrientes de investigación sobre análisis conductual), con la antropología (por medio de modelos conceptuales en torno a la cultura, por ejemplo), o con la ciencia política (a través, del análisis social de las relaciones de poder) sino también con la historia (como se verá más adelante) o la lingüística (mediante la sociolingüística, por ejemplo). A su vez, la economía se ha abierto a los dominios propios y tradicionales de la ciencia política (a través, por ejemplo, del estudio de políticas económicas), de la historia (recuérdese el auge que han tenido las temáticas ligadas a la historia económica) o de la sociología (en temas tales como la relaciones industriales, el desarrollo económico, etcétera).¹²

Bajo esta óptica, es indudable que las ciencias sociales se han reconfigurado en novedosas re combinaciones disciplinarias. En este sentido, desde la perspectiva de las ciencias sociales mismas, la mayor parte de las principales aportaciones que hoy por hoy caracterizan el avance del conocimiento atraviesa las diferentes disciplinas. Pero, de igual forma, hay que reconocer que a la luz de los problemas emergentes de fin de siglo, los ordenamientos estrictamente disciplinarios resultan hoy insuficientes. Lo anterior evidencia, ciertamente, que las exigencias de las nuevas problemáticas –impensables hace sólo diez años– exigen de las ciencias sociales nuevas respuestas, interpretaciones y formulaciones, al mismo tiempo que las obligan a revisar críticamente tanto su objeto de estudio como sus potencialidades explicativas y sus capacidades de previsión en este complejo e incierto nuevo siglo.

Ciertamente, el proceso globalizador ha transformado de manera sustancial el objeto de estudio tradicional de las ciencias sociales: el Estado-nación. Hoy la articulación de la realidad social se produce, simultánea e imbricadamente, a nivel local, nacional, regional y mundial. La fuerza del proceso de globalización, que implica una nueva reordenación económica y política del mundo, anuncia la posibilidad de un mundo sin fronteras (sin desconocer la tenaz persistencia de añejos troncos culturales, étnicos o religiosos que se han traducido en un reajuste de fronteras nacionales) y, con ello, el progresivo desgaste del Estado-Nación. Sin negar la fuerza que éste aún conserva (en términos de legislación interna, monopolio de la fuerza armada, educación, etcétera) las fronteras que hoy lo definen corren el riesgo de volverse

¹² Véase, por ejemplo Mattei Dogan and Robert Pahre, *op. cit.*, pp. 83-168.

simbólicas, pues se las puede traspasar sin violencia por medio de la informática, el flujo de recursos y capitales financieros, la libre circulación de mercancías y personas, etcétera. En este sentido, el debilitamiento de las fronteras nacionales tiene, ciertamente, una repercusión en el ámbito de las ciencias sociales, las cuales ven transformado su principal campo de estudio. La nueva realidad del Estado-nación plantea nuevos desafíos a las ciencias sociales –que ya no se pueden pensar a sí mismas disciplinariamente delimitadas o compartamentalizadas– al tiempo que su patrimonio teórico se vuelve insuficiente para dar cuenta de nuevos procesos sociales. ¿Cómo seguir manteniendo fronteras disciplinarias cuando la circulación planetaria de las comunicaciones incide en los procesos socio-culturales de los más alejados países y regiones? ¿O cuándo la revolución informática reduce el margen de acción económica del Estado al interior de sus propias fronteras? ¿O cuándo la más leve tensión económica en un mercado nacional desequilibra la red de las relaciones económicas y políticas internacionales? ¿Cómo mantener fronteras disciplinarias cuando las imágenes del mundo pueden concentrarse en una sola pantalla al tiempo que el resurgimiento de motivaciones religiosas o étnicas interrumpen la homogeneidad de las historias heredadas? ¿Cómo seguir pensando en desarrollos cognoscitivos unidisciplinarios cuando las mutaciones en la realidad desafían las categorías su tiempo y espacio, sincronía y diacronía, ruptura y transformación? ¿O cuándo las relaciones y procesos de dominación nacionales se ven afectados por la nueva dinámica de la realidad global y las nuevas estructuras mundiales de poder? ¿Cómo no replantear la distinciones disciplinarias si, por ejemplo, la emergencia de nuevos actores y movimientos sociales está profundamente imbricada con la transformación de los procesos productivos en el contexto de un nuevo mercado mundial? ¿Cuándo la dinámica internacional es un elemento cada vez constitutivo de los escenarios nacionales? ¿O cuándo diferentes grupos sociales se involucran crecientemente en nuevas formas de participación social? ¿O cuándo los problemas de democracia y gobernabilidad se sitúan en una esfera pública en la cual nuevos actores sociales le disputan al Estado su papel como único actor político? ¿Cómo interrogar al mundo de nuestros días si no es rompiendo fronteras y transgrediendo los límites disciplinarios?

La complejidad e interdependencia de los procesos sociales, económicos, políticos y culturales que recorren hoy al mundo suponen

la necesidad de re-pensar a las ciencias sociales ya no desde perspectivas disciplinarias estrictas que fragmenten en *dimensiones específicas* la realidad, sino desde una óptica de cruces que rompan las fronteras disciplinarias configura históricamente desde sus inicios y que cristalizaron en islas aisladas, separadas una de otras por *límites imaginarios*. De hecho, el imperativo de explicar la realidad social contemporánea ha obligado a disciplinas sociales como la ciencia política, la sociología y la economía a revisar críticamente sus parámetros de conocimiento a través del cruce disciplinario. Así, por ejemplo, la necesaria convergencia de perspectivas y saberes en la ciencia política y la sociología se ha manifestado a la luz de algunos de los fenómenos sociales más *significativos*. Tal es el caso de la emergencia de nuevas formas de acción y organización colectivas a nivel político y social, la crisis del Estado benefactor y su impacto sobre el empleo y la distribución de la riqueza, las nuevas formas *multiétnicas y multiculturales* de organización nacional y estatal, los cambios en la relación entre grupos y clases sociales a partir de las nuevas estructuras de poder, las demandas de los movimientos sociales a los partidos políticos, las rutas de ascenso social en el marco de una nueva circularidad de las elites políticas, las nuevas modalidades del pacto social y de los sistemas de representación política, la revolución tecnológica y su impacto sobre la democracia social y política, etcétera.

En otras palabras, la realidad ha evidenciado la creciente politización de lo social y la progresiva socialización de lo político. El Estado no es ahora el ámbito privativo de la ciencia política ni la sociedad lo es de la sociología. De igual manera, los cambios y tendencias en la dinámica económica han obligado a re-pensar el papel y dimensiones del Estado, el alcance de las políticas públicas para satisfacer las demandas sociales, las relaciones entre los mercados nacionales y la economía internacional, los nexos entre la soberanía nacional y su interdependencia con *organismos económicos internacionales*, la relación entre el Estado y la sociedad civil, el alcance de la toma de decisiones políticas nacionales en el marco de las interconexiones globales, la restricción de la influencia económica del Estado bajo el impacto de las fuerzas transnacionales, el impacto del orden mundial sobre la distribución del ingreso, etcétera. En México, por ejemplo, la sociedad, y muy en particular la economía, se encuentran en un proceso de mayor integración a un entorno internacional profundamente interdependiente. La creciente

apertura económica y social ha acelerado el proceso de democratización, de tal forma que la sociedad política mexicana se encuentra transitando hacia una situación en la que la democracia no es ya sólo un referente formal. La sociedad civil, por su parte, comienza a mostrar mayor dinamismo y participación en procesos en los que la acción colectiva se hace imprescindible por la complejidad de los problemas y la pluralidad de intereses sociales. Lo anterior evidencia la dilución de fronteras estrictamente delimitadas entre el Estado, el mercado y la sociedad civil, y por consiguiente, entre la ciencia política, la economía y la sociología. Ello obliga a cada una de estas disciplinas a desarrollar perspectivas originales de análisis, que sólo pueden producirse trascendiendo las barreras disciplinarias desde la pluralidad teórica, para permitir el análisis temático transdisciplinario que requiere la comprensión del mundo actual.

Escribe Immanuel Wallerstein:

Las múltiples superposiciones entre las disciplinas tuvieron una consecuencia doble. No sólo se hizo cada vez más difícil hallar líneas divisorias claras entre ellas, en términos del campo de sus estudios o el modo en que trataban los datos, sino que además ocurrió que cada una de las disciplinas se fue volviendo cada vez más heterogénea a medida que los límites de los objetos de investigación aceptables se iba estirando. Eso condujo a un cuestionamiento interno considerable en torno a la coherencia de las disciplinas y la legitimidad de las premisas intelectuales que cada una de ellas había utilizado para defender su derecho a una existencia separada.¹³

Pero si lo anterior ha sido cierto para las principales ciencias sociales, también se ha cruzado la brecha que separaba a éstas de la historia. Es decir, también se han traspuesto los límites entre los estudios focalizados en el presente y aquellos que ponían su atención en el pasado, produciéndose una interesante convergencia entre ambos. Tanto las ciencias sociales como la historia han reconocido su valor mutuo, aceptando que la distinción entre pasado y presente ya no se sostiene. Ya desde los años veinte se había iniciado un movimiento, dirigido por

¹³ Immanuel Wallerstein: *Abrir...*, pp. 51-52.

Lucien Febvre y Marc Bloch, orientado a desarrollar un nuevo tipo de historia que sustituyera la historia política por una historia social que visualizara a la experiencia humana como una totalidad.¹⁴ Esta intención cristalizó con Fernand Braudel, para quien la Historia debía ser una disciplina muy próxima a la sociología. Más tarde, nuevas generaciones de historiadores expandieron notablemente los campos de interés de dicha disciplina. Así, por ejemplo, lo que se ha denominado “nueva historiografía” se ha opuesto deliberadamente al paradigma tradicional de privilegiar la historia política y de “contar lo que realmente sucedió”, ocupándose temas tales como la historia de la niñez, la muerte, el silencio, los gestos, el cuerpo, la lectura, del habla, etcétera.¹⁵ En esta misma línea, y en oposición al estudio del quehacer de los “grandes hombres” y de las grandes tendencias sociales sustentados en evidencia documental, la “nueva historiografía” ha puesto énfasis en la microhistoria, en el análisis de la gente común y corriente y sus experiencias de cambio social, etcétera, acudiendo a nuevas fuentes tales como la historia oral, la evidencia visual, la estadística, y otras.¹⁶ De igual forma, la “nueva historiografía”, en un interesante acercamiento a las corrientes postmodernas que debaten sobre la validez de los grandes discursos del siglo XIX, ha cuestionado las verdades canonizadas de la historia, demitificando críticamente al pasado a través de su reescritura y rechazando los puntos de vista únicos que excluyen a la multiplicidad de voces presentes en la sociedad. Si en este sentido el acercamiento entre Historia y ciencias sociales es innegable, los acercamientos entre una y otra tienen todavía una dimensión más estrecha. La historia no sólo

se ha alejado de la descripción y la narrativa para acercarse al análisis y la explicación; ha dejado de concentrarse en lo singular e individual a favor de la determinación de regularidades y la generalización¹⁷

¹⁴ Véase, por ejemplo: Peter Burke: *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Gedisa editorial, Barcelona, 1999.

¹⁵ Véase, por ejemplo, el libro compilado por Peter Burke: *Overture: The New History, its Past and its Future*, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1991.

¹⁶ Peter Burke: *op. cit.* Cfr. asimismo: Varios autores: *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1995.

¹⁷ Eric Hobsbawm: *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 77.

sino que, a fin de orientarse en la maraña de los datos históricos, ha reconocido el valor de modelos explicativos.¹⁸ herramientas conceptuales, perspectivas epistemológicas e instrumental técnico (encuestas, análisis de contenidos, agrupamiento estadístico, técnicas de observación, redes de relación, método comparativo, historia oral etcétera) provenientes de las ciencias sociales.¹⁹ En esta línea, es interesante destacar que, a juicio del historiador Eric Hobsbawm, la labor de la historia durante los últimos años se ha concentrado en los siguientes temas: demografía y parentesco, estudios urbanos, clases y grupos sociales, historia de las mentalidades, modernización e industrialización, movimientos sociales, etcétera,²⁰ los cuales han sido tradicionalmente temas propios de la sociología. Por otra parte, las preguntas de las ciencias sociales han modelado los nuevos rumbos de la investigación histórica, la cual ha tomado en consideración, cada vez con mayor énfasis, la dimensión ideológica o cultural en el estudio de grandes procesos históricos ejemplo claro de lo anterior lo constituye la importancia actual de una de las ramas de la historia más desarrolladas en la actualidad, como es la historia de las mentalidades. A su vez, en este proceso de convergencia transdisciplinaria, las ciencias sociales también han reconocido, paulatinamente, que el estudio del presente requiere la perspectiva histórica para contextualizar su análisis y que es precisamente la Historia, la disciplina que ha estudiado las tendencias y direcciones de transformación de los cambios sociales a lo largo del tiempo. Así, por ejemplo, como señala Eric Hobsbawm,

...la inmensa importancia de las revoluciones y las luchas por la emancipación política y económica de los países coloniales y semicoloniales llamaron la atención de los científicos sociales sobre lo que en esencia son problemas de transformación histórica. Ahora es imposible desarrollar muchas de las actividades sin aceptar la estructura y sus transformaciones sin la historia de las sociedades".²¹

¹⁸ "El historiador, para ver cómo se mantiene la estructura social a largo plazo (debe) recurrir a explicaciones funcionales" Peter Burke: *Historia y Sociología*, p. 56.

¹⁹ Cfr.: Burke: *Overture...*; Hobsbawm: *op.cit.*

²⁰ Eric Hobsbawm: *op.cit.*, p. 95.

²¹ Hobsbawm: *op.cit.*, pp. 86-87.

Asumir que el "largo tiempo" de la historia, la Historia puede explicar el cambio social en gran escala tomando en cuenta contextos históricos específicos y permitiendo comprender la regularidad de ciertos fenómenos ha transformado a esta disciplina en un complemento útil para las ciencias sociales, en tanto puede arrojar luz sobre posibles cambios futuros. Al mismo tiempo éstas, al focalizar su atención en el análisis de casos particulares a partir de datos históricos, éstas han podido iniciar un interesante proceso de re-elaboración teórica, uno de cuyos ejemplos lo constituye el importante trabajo en torno a las ideologías nacionalistas y fundamentalistas realizado por Martin E. Marty y Scott Appleby.²²

Por otra parte, así como la distinción entre las disciplinas que tradicionalmente han estudiado el pasado ya no se encuentra tan claramente delimitada, la distinción entre las ciencias sociales orientadas a estudiar a Occidente y las que estudiaban otros ámbitos geográficos y culturales también se encuentra en vías de dilución. Por una parte, las fronteras entre ciencias sociales y antropología han sido replanteadas desde una doble perspectiva. En un primer sentido, la Antropología ha ampliado su campo de estudio a temas tales como estudios campesinos, migración, problemas urbanos, ecología social, culturas regionales, estudios sobre personalidad y cultura, etcétera.²³ En un segundo sentido, la centralidad de las perspectivas culturales en el análisis de lo social y lo político se ha traducido en una recuperación del concepto de "cultura" y en una reinsertión significativa del mismo en los campos de estudio propios de las ciencias sociales.²⁴ Es decir: en el cruce de fronteras entre antropología y ciencias sociales, las nuevas perspectivas de reflexión en torno a los fenómenos sociales y políticos se realizan desde una perspectiva en la que la cultura ocupa un lugar central. En esta línea, las perspectivas de estudio que abren las nuevas propuestas del análisis cultural se han traducido en nuevas estrategias de reflexión y en formas diversas de comprender las complejas relaciones entre la

²² Martin E. Marty and Scott Appleby: *Fundamentalism Observed*, The University of Chicago Press, Chicago, 1991.

²³ Mattei Dogan y Robert Palre: *op.cit.*

²⁴ Es cierto que la cultura ocupó un lugar importante en los orígenes del pensamiento sociológico, y las referencias a Weber y Durkheim siguen siendo importantes. Sin embargo, fue un desarrollo analítico residual en comparación con otros conceptos claves dentro de la Sociología, con un *status* teórico vago.

estructura social, los sistemas de legitimación política y los marcos culturales.²⁵ Esta nueva estrategia analítica obedece a diversos factores. En primer término, a las limitaciones percibidas en el ámbito académico con respecto al tema de la cultura como factor explicativo central para comprender, por ejemplo, los procesos de cambio y permanencia de la sociedad. En segundo lugar, a la evidencia de que gran parte de los procesos de transformación social y política que hoy recorren el mundo son de naturaleza cultural. Fenómenos tales como la re-emergencia de conflictos nacionales y étnicos, la formación de identidades colectivas, la importancia de los referentes simbólicos en los procesos de transición, el impacto de la religión en numerosos movimientos sociales, la relación entre cultura y democracia, la heterogeneidad en las sociedades contemporáneas, la recomposición de la cultura nacional, las interacciones culturales y la convivencia multicultural, la construcción de nuevas representaciones sociales para imaginar al "otro", etcétera, han puesto sobre el tapete de la discusión la nueva dinámica entre la lucha cultural y la lucha política. Ello se ha expresado en una creciente politización de lo cultural y una culturalización de lo político que supone, necesariamente, que las nuevas temáticas de investigación no pueden tener ya ni una base disciplinaria ni una alternativa metodológica única.

Por otra parte, y de manera paralela a la declinación de la hegemonía occidental en el mundo, la distinción entre Occidente/no Occidente ha sido severamente cuestionada, y en consecuencia, también el área de conocimiento denominado Estudios Orientales. El texto clave que sentó las bases para la transformación de lo que tradicionalmente fueron los Estudios Orientales fue *Orientalism*, de Edward Said,²⁶ en el cual se describen las diversas disciplinas, instituciones, procesos de investigación y estilos de pensamiento a través de los cuales a lo largo de varios siglos Europa llegó a "conocer" Oriente, y que impactaron profundamente el discurso colonial. Para Said, los Estudios Orientales en su dimensión clásica fueron, en última instancia, una visión política de realidad que enfatizaba las diferencias entre Europa (lo "nuestro") y Oriente (lo "ajeno") visualizando a la cultura oriental como inferior. La redefinición que han experimentado los estudios orientales ha llegado al punto en que,

²⁵ Véase, por ejemplo: María Luz Morán: "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural", *Zona Abierta*, núms. 77/78, 1996/97, pp. 1-29.

²⁶ Edward Said: *Orientalism*, New York, Pantheon, 1978

en palabras de Wallerstein,

los orientalistas fueron más allá y abandonaron hasta el nombre, fundiéndose en diversos departamentos de Historia, Filosofía, Estudios Clásicos y Religión, así como en los recién creados departamentos de Estudios Culturales Regionales, que cubrían tanto la producción cultural contemporánea como los textos que los orientalistas estudiaban tradicionalmente.²⁷

Lo anteriormente expresado evidencia cómo se han cruzado las fronteras disciplinarias heredadas de las ciencias sociales, reconfigurándose incluso la estructura organizativa tradicional de los ámbitos académicos en los cuales ellas se han institucionalizado. Lo anterior se manifiesta, por ejemplo, en palabras de Immanuel Wallerstein

*en la serie mundial de coloquios y conferencias que han tendido a reclutar sus participantes de acuerdo con el objeto de estudio concreto, en general sin prestar mucha atención a la afiliación disciplinara...en el número creciente de revistas científicas de primera magnitud que deliberadamente ignoran las fronteras disciplinarias...y por supuesto (en) los múltiples programas nuevos.....que suelen estar compuestos por personas tituladas en múltiples disciplinas.*²⁸

En este proceso, en el cual dentro de las ciencias sociales se piensan de nueva cuenta las relaciones entre el saber académico tradicional y sus fronteras de especialización, y la luz a problemáticas hasta ahora marginadas del paradigma monocultural de la razón occidental, han surgido, simultáneamente, tanto severos cuestionamientos a las pretensiones de relevancia y validez universal del discurso logocéntrico asumido por las ciencias sociales desde sus inicios, como nuevas reflexiones que han abierto el escenario a sus "voces olvidadas":

...las mujeres, los pueblos no occidentales en general, grupos de minorías dentro de los países occidentales, y otros grupos

²⁷ Immanuel Wallerstein, *op.cit.*, p. 43.

²⁸ Immanuel Wallerstein, *op.cit.*, p. 77-78.

históricamente definidos como marginales en lo político y en lo social".²⁹

La emergencia de nuevos objetos de estudio a teorizar (democracia, feminismo, redes globales, ciudadanía, postcolonialismo, exclusión, hibridez cultural, etcétera) así como las nuevas simbolizaciones identitarias que hoy recorren las diversas territorialidades geopolíticas, o la presencia de nuevos grupos sociales (mujeres, homosexuales, jóvenes, etnias, etcétera) que plantean nuevas problemáticas en un contexto de rearticulación política de sus significaciones culturales, exigen tanto la apertura de las fronteras del conocimiento social más allá de los trazados disciplinarios como la movilización de nuevas prácticas teóricas que sacudan los saberes institucionalizados. En efecto,

la profundidad de las transformaciones sociales, ideológicas e incluso subjetivas operadas en la cultura occidental, (aunque no sólo en ella) en las últimas décadas obliga a la problematización de identidades que las ciencias sociales tradicionales imaginaban como preconstruidas y sólidas (la nación, la clase, la adscripción político-ideológica, etcétera, y a la emergencia teórica-discursiva y académica (porque en la realidad existieron siempre) de identidades en permanente redefinición (el género, la etnicidad, la elección sexual, el multiculturalismo, etcétera).³⁰

En esta línea, nuevas perspectivas analíticas –que rebasan los paradigmas construidos desde supuestos valores universales de la epistemología, la ética, la estética y la política– desarman los marcos del saber disciplinario y plantean una nueva modalidad de estudio de lo social que favorece la inclusión de saberes hasta ahora desvalorizados por la cultura académica canónica. Entre estas nuevas propuestas analíticas destaca lo que se ha denominado *estudios culturales*, los cuales, de hecho, modifican las fronteras disciplinarias para producir un saber más plural y flexible que desarma los discursos unitarios, insuficientes para explicar las diversas formas que asume una realidad

²⁹ *Ibid.*, p. 60.

³⁰ Frederic Jameson y Slavoj Žižek: *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Edit. Paidós, Buenos Aires, 1998, p. 31.

crecientemente móvil y compleja. Vinculados, por una parte, con la militancia política de los sesenta, la nueva izquierda, el movimiento de derechos civiles y la resistencia contra las guerras coloniales, y por la otra, con el marxismo neogramsciano orientado a dar mayor fuerza en el análisis social a aspectos pocos desarrollados por los marxistas ortodoxos.³¹ los estudios culturales

han centrado su atención en tópicos tales como la historia de los estudios culturales, género, sexualidad, nacionalismo, identidad cultural, colonialismo y poscolonialismo, raza y etnicidad, cultura popular, ciencia y ecología, identidades políticas, pedagogía, políticas estéticas, instituciones culturales, políticas de las disciplinas, discurso de la textualidad, historia, cultura en una época posmoderna, etcétera.³²

La perspectiva de los estudios culturales reorganiza el conocimiento de lo social, incorporando saberes hasta ahora marginados por el canon de las disciplinas tradicionales (sicoanálisis, feminismo, post-estructuralismo y crítica literaria, entre otros), se ocupan de problemas no previstos por las "narrativas" clásicas y se ubican al margen de los campos disciplinarios constituidos (sociología o antropología, por ejemplo) aunque partan de conceptos generados en esos campos. En este sentido, los estudios culturales se mueven en una dirección transdisciplinaria ("mas allá de...", "del otro lado de..." "a través de..."), colocándose en el filo de las disciplinas académicas en una combinación plural de saberes flexibles que van más allá de la especialización del conocimiento, desordenando el mapa de los saberes institucionales, abarcando campos antes marginados de la investigación social y focalizando su atención en un fin de siglo donde se cruzan tiempo y espacio, pasado y presente, inclusión y exclusión, etcétera. Este tipo de análisis, que rebasa toda frontera disciplinaria entre las principales ciencias sociales, e incluso entre éstas y las humanidades, constituye hoy un campo fértil para el replanteamiento reflexivo en el ámbito de las ciencias sociales, en un momento en que pluralidad,

³¹ *Ibid.*

³² Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (comp.): *Cultural Studies*. Routledge, New York, 1992, p. 1

movilidad y flexibilidad son los rasgos constitutivos del saber innovador y también en un momento en que la noción de frontera cobra particular intensidad teórica.³³

El término de "frontera" demarca, circunscribe, divide y delimita, incluye y excluye, identifica lo que está "dentro" y lo que se encuentra "fuera", separa al "nosotros" de lo ajeno y se extiende al peligroso terreno de la "no pertenencia". La frontera, como escenario de reglamentación y de orden, marca el fin de una zona segura y el principio de otra, quizá incierta. Ella nos encierra en la seguridad de un territorio familiar, pero también se pueden convertir en prisión para ser defendida más allá de toda razón y necesidad. La frontera puede ser una herida cuyo dolor sirve para reafirmar nuestra identidad, pero las fronteras también pueden ser puntos de encuentro que se pueden transgredir, cruzar y traspasar. Caótica a veces, la frontera es un espacio abierto de encuentros y reencuentros, de convergencias y divergencias. Su fuerza radica en su heterogeneidad, en su desbordamiento, en la multiplicidad de situaciones que se pueden dar en ella. La frontera es un ámbito subversivo, que alude a reconsiderar lo establecido, apuntando a la búsqueda de nuevas alternativas. La frontera es cruce de barreras y experiencias, pluralidad de visiones y contrapunto de juicios ortodoxos. Por naturaleza, la frontera es un espacio abierto y de apertura, aunque esté recorrido por cercas, muros y ríos. Ella constituye el punto de encuentro e intersección, el espacio territorial donde se accede al reconocimiento propio a través del conocimiento ajeno. Las ciencias sociales hoy se cruzan en un proceso que ubica sus fronteras disciplinarias en un equilibrio tan móvil y cambiante como la realidad misma.

³³ Véase, por ejemplo: Scott Michaelsen and David Johnson (comp.): *Border Theory. The Limits of Cultural Politics*, The University of Minnesota Press, Minneapolis, 1997.

Bibliografía

- Andrade, Alfredo (editor), *Perspectivas teóricas contemporáneas de las Ciencias Sociales*. UNAM, México, 1999.
- Burke, Peter, *Historia y Sociología*, FCE, México, pp. 14, 15.
- Cisneros, Isidro, "Nuevas vías en Teoría y Ciencia Política" en Bokser, Judit (coord.), *Estado actual de la Ciencia Política*, Memorias del Congreso Nacional de Ciencia Política, IIAM-IFE, México, 1996.
- Dogan, Matei y Pahre, Robert, *Las nuevas Ciencias Sociales. La marginalidad creadora*, Grijalbo, México, 1995.
- Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona, 1973.
- Grissberg, Lawrence, Nelson, Cary y Treichler, Paula (comp.), *Cultura Studies*, Routledge, New York, 1992.
- Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998.
- *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1959 - 1989*, Gedisa editorial, Barcelona, 1999.
- Marty, Martin E. and Appleby, Scott, *Fundamentalism Observed*, The University of Chicago Press, Chicago, 1991.
- Michaelsen, Scott and Johnson, David (comp.), *Border Theory. The Limits of Cultural Politics* en Minneapolis, The University of Minnesota Press, 1997.
- Morán, María Luz, "Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural", *Zona Abierta*, núms. 77/78, 1996/97.
- *Overture: The New History, its Past and its Future*, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1991.
- Said, Edward, *Orientalism*, Panteón, New York, 1978.
- Sandoval, Juan Manuel (comp.), *Las fronteras nacionales en el umbral de dos siglos*, CONACULTA, México, 1993.
- Varios Autores, *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1995.
- Wallerstein, Immanuel, *Abrir las Ciencias Sociales (Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales)*, Siglo XXI editores, México, 1996.